



www.loqueleo.com/es

© 2004, Fernando Lalana

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-062-6

Depósito legal: M-37.944-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: noviembre de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA MUERTE DEL CISNE

FERNANDO L'ALAMÁ

loqueleq

*Esta historia es para Marta.
Esta, y las ochenta anteriores.*

Primera parte

El lago de los cisnes

Un día de febrero

La noticia

9

—Señoritas..., antes de terminar la clase, la secretaria de la escuela me ha rogado que les diga que no dejen de leer a la salida el tablón de anuncios.

—¿Por qué? —pregunta Carlota.

Siempre es igual: Carlota nunca se conforma con medias explicaciones. Ni con un porque sí. A veces se pone un poco repelente con eso.

—Lee el tablón de anuncios y lo sabrás —replica Rosana.

—Anda, Ros, no te hagas la mariamisterios y dinos de qué va. El tablón de anuncios siempre está repleto de papeles.

—Y nunca nos pides que leamos nada en él —añade Carolina—. ¿Qué tiene hoy de especial?

Nuestra profesora sonrío levemente mientras se dibuja las cejas con los índices, en un gesto característico.

—Está bien... —dice, al fin—. Veréis: hay un concurso de danza dentro de tres meses. El Ciudad de Zaragoza.

Durante cinco segundos el aire se vuelve cristal.

—En... Zaragoza —afirma Carlota, interrogativamente.

—Claro, mujer. Con ese nombre, no va a ser en Estocolmo.

—Nunca lo había oído —confiesa Julieta.

—Es nuevo —explica Ros—. Primera convocatoria.

—O sea, que no tiene prestigio.

—No... Pero tiene buenos premios.

10 —Lógico —comenta Carlota—. Un concurso de ballet o tiene prestigio o ha de dar buenos premios. Si no, no acuden más que las desesperadas de turno. ¿Cuánto dan los maños?

—Creo... que no hay premios en metálico.

—¡Atiza! ¿Qué, entonces...? ¿Un jamón de Teruel y un kilo de guindas al marrasquino?

—Déjame terminar, Elisa. No hay dinero, pero en categoría júnior...

—No nos lo digas: un viaje a Port Aventura acompañada por tus padres, como si lo viera —dice Julieta.

—Seguro que ni eso —aventura Carlota, muerta de risa—. En todo caso, un viaje a Dinópolis.

—O al monasterio de Piedra.

—¿Y eso qué es? O sea... —pregunta Marinieves.

—En categoría júnior —repite nuestra profesora en un tono que deja ver claramente lo mucho que le molesta el diálogo de besugos que nos traemos sus alumnas—, el primer premio es una beca de un año... con Mario Segovia.

Qué extraordinario es el poder de la palabra. Un puñado de sílabas pronunciadas en el orden apropiado y lo

banal deja de serlo, las bocas se convierten en rosquillas, la indiferencia se trastoca en interesado nerviosismo.

—¡Ostrás, tía, qué total...! —exclama Marinieves—. ¡Con Mario Segovia...! ¡O sea, ¿en la Escuela del Ballet de la *Republiq*?!

—*Oui*.

—¿En París? O sea... en París.

—Claro, mujer —contesta Carlota—. No va a ser en Estocolmo.

11

Tras dejar madurar la sorpresa durante unos segundos, Rosana remata la faena.

—Las que quieran participar tienen que enviar una solicitud por correo junto a una variación de repertorio grabada en vídeo.

—¡En vídeo! ¡Qué nivel! Como en el concurso de Lausanne.

—Es que Zaragoza, desde que pasa el AVE, hasta parece Europa.

—Las condiciones están en las bases. El plazo termina exactamente dentro de un mes. Hay cuarenta plazas para la fase previa y quince para la final.

—¿Quince plazas para toda España? —pregunto.

—Bueno..., en sentido estricto, hay quince plazas para todo el mundo. Se trata de un concurso internacional.

—¡Buenooo...! ¡La hemos fastidiado! Se presentarán cincuenta y cinco mil rusas, como si lo viera.

Lo he dicho por decir; pero Rosana, de inmediato, se vuelve hacia mí:

—Como bien sabes, Elisa, el nivel de la Escuela de Danza Clásica de Victoria Espinoza no tiene nada que envidiar al de la Academia Vaganova, si eso es lo que te preocupa.

—No, claro, ya lo sé, ya... —digo, recogiendo velas—. Pero no me negarás que la mayoría de los componentes de los jurados aún se dejan impresionar por los apellidos terminados en *kaya*.

12 —¡Vaya cosa...! ¡Te cambias el Martínez por Martinskaya, y listo! —me propone Carlota.

Rosana no puede evitar una sonrisa de asentimiento.

—Tampoco hay que exagerar. La predisposición hacia las rusas ya no es tan evidente como hace unos años. Además..., esto debería ser un secreto, Victoria ha sido invitada a formar parte del jurado. No digo con eso que vaya a ganar forzosamente una de sus alumnas, pero siempre es una ventaja que difícilmente podrá darse en otra ocasión. En fin, que se trata de una buena oportunidad que todas las que estáis aquí deberíais valorar en su justa medida. Nada más, chicas... La clase ha terminado.

Aplausos.

Aparejadores

—¿Te vas a presentar...? ¡Elisa! ¡Que si te vas a presentar!
Esa manía de Carlota de darme conversación en la ducha...

Sinceramente, no soporto hablar a grito pelado, luchando contra el rugido del agua, desnuda y sin saber quién puede estar escuchando más allá de la cortina.

Un día de estos se lo tengo que decir.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Déjame leer las bases del concurso, al menos.

—¡Bah...! Seguro que ya has tomado una decisión. Tú eres rápida para estas cosas, no como yo, que nunca sé qué hacer y me lo pienso y me lo pienso y tanto me lo pienso que, cuando me lo he pensado, ya es tarde. Vamos, confiesa, pecadora: te vas a presentar, ¿verdad?

—No lo sé.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que te ibas a presentar!

—¡Te digo que no lo sé, Carlota! Aunque, bueno..., al menos, mandar ese vídeo de selección... Yo creo que sí, que lo haré. Bien mirado, puede ser una manera de echar a suertes mi futuro inmediato.

—¿Futuro? ¿Qué es eso del futuro? ¿Alguna enfermedad?

—Sí. Una enfermedad propia de la juventud, por lo visto.

—¿Y por qué hablas de echarlo a suertes?

—Si gano el concurso, me dedico a bailar, al menos durante el próximo año. ¡Y con Mario Segovia, nada menos!

—¿Y si no?

Me cuesta decirlo. Me cuesta una punzadita en el corazón. Pero lo digo:

—Si no..., lo dejo definitivamente. Lo dejo, termino el Bachillerato y me voy haciendo a la idea de estudiar Aparejadores.

—Como tu hermana.

—Pues sí, como mi hermana. ¿Pasa algo? Le va muy bien. Vive en Granada y gana una pasta, que son dos cosas que me encantaría hacer a mí.

Carlota cierra el grifo y asoma su pelo corto y sus ojos ovalados, casi orientales, por encima de la mampara que separa nuestras dos cabinas de ducha.

14 —¿Lo dices en serio? ¿Lo vas a dejar? ¡Naaa...! ¡No puede ser! ¡No lo puedes dejar, tía! ¡Eres la mejor! ¡Elisa Martinskaya, la gran esperanza pelirroja! La última de las grandes bailarinas que Victoria Espinoza va a entregar a los escenarios del mundo antes de su retirada.

Ah, Carlota... Ella es la que tendría que dejar de bailar y dedicarse al teatro. O a la parodia. ¡Qué bárbara! De la nada a la ironía y de la ironía al sarcasmo en cuarenta y seis palabras.

—¡Calla, insensata! —replico—. De sobra sabes que se nos ha pasado el arroz. A las dos. Para tener algún futuro a nuestra edad, deberíamos estar ya, como mínimo, en el cuerpo de baile del Royal Ballet. Además, que sepas que si lo dejo es por tu culpa. ¡Harta me tienes! Desde los seis años acompañándote a clase tres veces por semana con la secreta esperanza de que aprendas a sostenerte sobre las puntas..., y nada. Demasiado para mí. ¡Me rindo, elviralindo!

—¡Qué graciosaaa...! ¡Huy, que me parto! —declama Carlota, saliendo de la ducha envuelta en la toalla—. Pues nada, ya sabes: si quieres librarte de mí, no tienes más que ganar ese concurso de Zaragoza. Prometo por

los azulejos que alicatan esta ducha no ir a visitarte a París ni una sola vez.

—Hay otra manera de perderme de vista..., aunque, claro, es muuucho más difícil: que seas tú la que gane el concurso.

—¡Anda...! Si no lo había pensado...

—Valorado. Se dice «valorado convenientemente».

—Ah...

—Pues aún estás a tiempo.

—Tienes razón: valorarelo.

—¿Mande?

15

Buñuel o casi

Vuelta a casa.

Cómo odio el invierno, con sus días tan cortos, tanta luz de farolas por las calles, tanto frío...

La puerta no está cerrada con llave.

—¿Papá...? —pregunto en voz alta, antes de cerrar—. ¿Ya estás aquí?

—Sí —responde él, apareciendo por el fondo del pasillo, con su mirada gris y su jersey de lana verde—. Hoy he terminado pronto. ¿Cómo te ha ido el día?

—Bien, bien...

Me gusta la sonrisa de mi padre. Es la mejor falsa sonrisa que conozco. Tan luminosa, tan amplia... Casi parece de verdad. Pero yo sé que no lo es. Mi padre no ha vuelto a sonreír de verdad desde que mamá se fue a vivir

a Copenhague con el bailarín aquel del Kongelige Ballet. Y mira que hace años... Media vida. Al menos para mí. Por cierto, que el danés será un buen tipo, no me cabe duda. Si no, no estaría con mi madre. Pero bailar, lo que se dice bailar, bailaba bien poquito. Y saltar, menos que un grillo. Claro que, en Dinamarca, eso no debe de ser un problema. Allí aprecian mucho a los ballets de un autor nacional, un tal August Bournonville, en los que todo lo que hacen los bailarines es corretear de un lado a otro como cervatillos entre fiestas pastoriles y merendolas campestres.

En ocasiones me pregunto de qué forma me habrá afectado la ausencia de mi madre, a la que apenas veo desde su «espantada danesa» una o dos veces al año. Espero que no haya sido grave. La verdad, yo me veo bastante normal, aunque esto, claro, es difícil de apreciar por uno mismo. En todo caso, no es posible saber qué habría sido de mi vida de no haber faltado mi madre. Quizá ni siquiera merezca la pena darle tantas vueltas.

—Veo que has preparado cena.

—Sí.

—Estupendo —digo.

Pero de estupendo, nada. Mi padre se ha molestado en hacer la cena, cosa no demasiado habitual, y yo lo que quiero es pedirle algo que no le va a gustar ni un pelo. Mal, muy mal. Es como jugar en campo contrario.

—En realidad no he cocinado —confiesa—. Lo he comprado todo en la tienda de comida preparada que hay dos calles más abajo.

—Ah, sí... Ya sé... En la que está esa dependienta morena tan guapa, ¿no?

Carraspea ligeramente antes de contestar:

—No sé... No me he fijado, la verdad —miente él, torpe e inocentemente—. Pero el salpicón está bueno, ¿eh?

—Buenísimo, sí.

Decido esperar hasta acabar con el salpicón. Y luego, con el redondo de ternera en salsa. Y con los profiteroles. Pero llega un momento en que no puedo más. Si me como otro profiterol, voy a reventar. Vamos allá:

—Oye, papá...

—Dime.

—Esto..., ¿conoces a alguien que me pueda hacer un buen reportaje en vídeo?

Mi padre me mira. Sonríe. Deja de sonreír. Sonríe de nuevo.

—¿Estás de broma? —pregunta al fin—. Por si no lo recuerdas, tu padre es fotógrafo. Fotógrafo de fama internacional.

—¿Internacional...? ¡Ay, sí...! Olvidaba que eres conocido en el Vaticano desde que hiciste aquel retrato del Papa... ¿Qué Papa era?

—Juan Pablo primero. Y te recuerdo que quedó la mar de contento. Si no se hubiese muerto tan pronto, a lo mejor tú y yo estaríamos ahora viviendo en Roma.

—Un poco gafe ya eres, reconócelo.

—Puede ser... Pero, desde luego, me paso el día rodeado de tipos con una cámara al hombro.

Mi padre hace una pausa para servirse con calma en la jarra el resto de su cerveza.

—¿Qué necesitas exactamente? —pregunta a continuación.

—Pues eso mismo: un tipo con una cámara —respondo—. Con cierto estilo, si puede ser. Vaya, no hace falta que se trate de Luis Buñuel reencarnado, pero sí que sea capaz de sacarme favorecida.

—Eso no es difícil, Elisa.

18

Sonrío.

¿Qué hago? ¿Me adelanto? Si no me adelanto, me lo va a preguntar, como máximo, en quince segundos. Decididamente, me adelanto:

—Es que... verás: hay un concurso. En Estocolmo. ¡Digo...! En Zaragoza. Y es necesario mandar un vídeo para la selección previa...

—Un concurso... de ballet —me interrumpe. Suspiro profundamente.

—Sí, claro, papá..., de ballet. No va a ser de jotas de picadillo.

—Mujer, pues siendo en Zaragoza sería lo más lógico.

—¡Ja! Ten cuidado con esos chistes por sorpresa, que me puede salir una hernia.

Mi papi no replica. Yo sigo. Como si nada:

—Parece una tontería, pero no lo es. Lo del vídeo, digo. Presentar una grabación bien hecha, bien iluminada, en la que no se te vea muy congestionada ni se te oiga resoplar ni parezcas una pera con tutú..., bueno..., te puede dar ventaja sobre otras aspirantes con el mis-

mo nivel. En fin..., que conviene, ¡ejem...!, tomárselo con interés.

Me mira durante unos segundos, serio. Sin perder la sonrisa, pero serio.

—Creía que lo ibas a dejar, Elisa.

Ya estamos.

—¿Dejar...?

—El ballet.

—¡Pues claro que lo voy a dejar, papá! —exclamo con total convicción—. ¡Al final de este curso, ya lo sabes! Pero hasta entonces, me gustaría disfrutarlo. ¿No lo entiendes?

19

Un carraspeo de quince segundos.

—Sí.

—No, ya veo que no lo entiendes.

—Que sí, mujer...

—Escucha... ¡Pero escucha, caray, que nunca me escuchas! Llevo once años bailando..., y lo hago mejor que nunca en mi vida. Pero las clases me aburren soberanamente y a los festivales de fin de curso..., la verdad, apenas les encuentro ya el aliciente.

—Tal como lo cuentas, yo diría que es el momento ideal para cerrar esta etapa.

Pasando del comentario.

—Como nunca he pretendido ser una profesional, tampoco nunca me he presentado a concursos ni audiciones. Y..., bueno..., acabo de descubrir que no quiero dejarlo sin probar cómo es. Una vez, al menos.

—¿El qué?

—¡Pues eso! Viajar a otra ciudad y bailar delante de alguien que no me conozca, competir con chicas que no sean mis compañeras de estudio, sentir el gusanillo que te come las tripas antes de salir al escenario. Tú me lo has contado mil veces, de los tiempos en que hacías teatro.

—¿Que yo hacía teatro? Pues ya no me acuerdo.

—¡Me apetece mucho, papá! ¿Qué hay de malo? Y en junio, lo dejaré. Te lo prometo.

—En mayo.

20 —Vaaale, a finales de mayo. El día de tu santo, por ejemplo. Será mi regalo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Así puedes dedicar junio a estudiar para los exámenes.

—Ajá... Correcto. Pero, de momento, me buscas a toda prisa un *cameraman* de confianza, ¿vale?